

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO,
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION



Tradiciones de Guatemala

Centro de Estudios Folklóricos



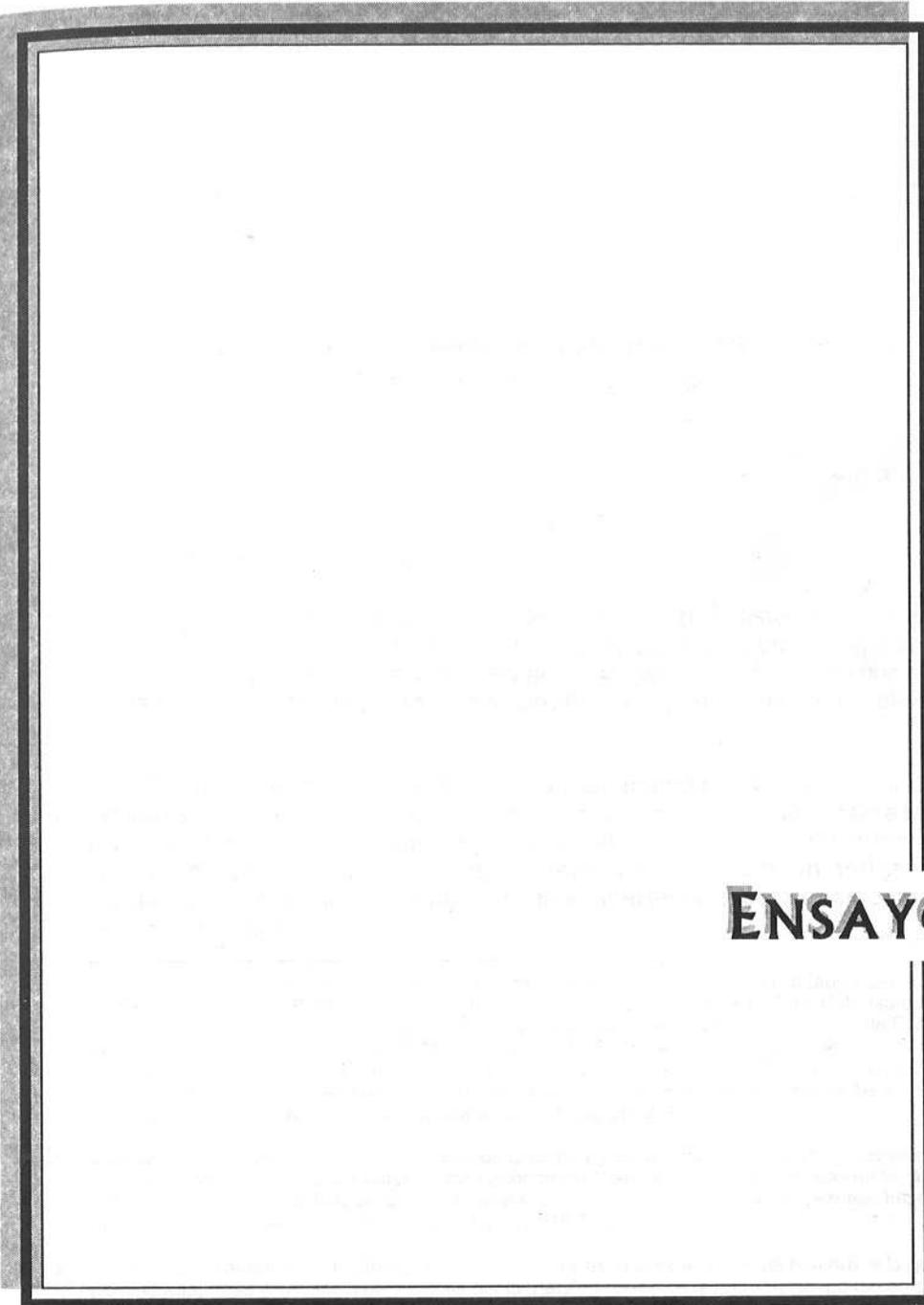
Universidad de San Carlos de Guatemala 51 - 1999

70.36
T075
51
c.1

Universidad de San Carlos de Guatemala
Centro de Estudios Folklóricos



Guatemala 1999



ENSAYOS

Algunos principios teóricos sobre cultura popular tradicional en Guatemala

Celso A. Lara Figueroa

De la variación cultural

Este ensayo tiene como objetivo alertar a los especialistas en cultura y a los científicos sociales en cuanto al uso del bagaje cultural auténtico del hombre guatemalteco y latinoamericano, que ha forjado a lo largo de su historia y que en la actualidad se encuentra en pleno autodesarrollo y, en gran medida, en acelerada transformación.¹

Partimos del aserto general de que Guatemala y América Latina es multiétnica y multicultural, por lo que acercarse a su problemática cultural se torna de suyo complejo. En mayor o menor grado, la cultura latinoamericana es mestiza e hibridizada por excelencia y rutilantemente creadora en todas sus manifestaciones.² Por ello es que antes de abordar el tema, intentaremos definir lo que entendemos por cultura.³

1 Sobre el problema de la formación de la cultura latinoamericana se ha escrito variado y abundante material de reflexión. Para fines de este trabajo citaremos básicamente a: Luis Brito García, *La identidad de América Latina* (Caracas, Venezuela, ponencia presentada al II Congreso de Escritores de Lengua Española, octubre de 1981, mim. pp. 1-11), Ricaurte Soler. *Idea y cuestión nacional latinoamericana*; segunda edición (México, Siglo XXI Editores, 1986, pp. 13-33), y en particular, el agudo ensayo de Germán Arciniegas, "Las cuatro Américas", en Lewis Hanke. *¿Tienen las Américas una historia común?* (México, Editorial Diana, S.A., 1966, pp. 249-262).

2 Básicamente tomamos el sentido histórico de la cultura y de la formación cultural guatemalteca y latinoamericana. Cfr. George Foster, *Cultura y conquista* (México-Xalapa, Universidad de Veracruz, 1962, pp. 53-61) y Rodolfo Quintero, *La cultura nacional y popular* (Caracas-Venezuela, Imprenta de la Universidad Central de Venezuela, 1977, pp. 19-101).

3 Partimos básicamente del postulado de que la cultura es la obra angular del hombre, y la que le permite adaptarse a su medio en su lucha por la transformación de la naturaleza. Lo tomamos en

En primer lugar, situemos la cultura en su contexto real: no puede hablarse de cultura "a secas", no puede entenderse la cultura **en general**, ni por lo tanto el arte **en general**, como tampoco el hombre **en general**, ya que son abstracciones que sólo tienen validez cuando se les enmarca dentro de límites históricos concretos. Con ello se quiere decir que tanto el hombre como la cultura y el arte, son histórico-social: son y serán, siempre, elementos concretos y objetivos.

Por tanto, debemos entender por cultura aquel complejo de elementos que conserva y sintetiza la experiencia colectiva que un pueblo acumula a lo largo de su devenir histórico. Es, en tal sentido, una memoria colectiva que se transmite de generación en generación como herencia social (no biológica), y capacita a los individuos, por su medio, para integrarse normalmente a la comunidad, impregnándoles así valores, conocimientos y habilidades propios de la misma.

Sin embargo, los elementos de la cultura no están todos a un mismo nivel, sino jerarquizados. Ello implica que cada sociedad hereda y reestructura (reinterpreta, *strictu sensu*), la herencia acumulada por su historia pasada; selecciona, jerarquiza, consagra sus elementos culturales de acuerdo con las necesidades y aspiraciones de su presente práctica social. De este modo, la cultura es la síntesis de valores materiales y espirituales que expresa, con su sola presencia, la experiencia histórica particular de un pueblo y presenta las resultantes de su fisonomía social peculiar, su personalidad colectiva. Analizada así, la cultura ya no aparece como entidad abstracta y genérica, sino que se carga de contenido concreto; con sus determinaciones y cualidades sociales, regionales y temporales, como cultura nacional, y esto es, como marco organizador de la autoconciencia nacional.

Entendida de esta manera la cultura, como resultante de procesos histórico-sociales concretamente determinados, podemos inferir que las diversas capas, grupos y clases que conforman una sociedad, elaboran y transmiten los valores de la cultura de manera diferente. De ahí que tengamos, en las sociedades latinoamericanas, dos tipos de cultura: *la cultura oficial* y *la cultura popular* —ambos tipos interrelacionados e independientes— que, de acuerdo con los intereses sociales que las determinan, interpretan en forma distinta los valores de la cultura.

Los grupos culturalmente hegemónicos tienen una cultura institucionalizada, en tanto los grupos subalternos la expresan por canales no institucionalizados, tales como la oralidad y la tradición.

el sentido amplio, antropológico, que describe la antropología clásica. Cfr. Melville Herskovitz, *El hombre y sus obras* (México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pp. 56-94). En Ernesto Cardenal, *La democratización de la cultura* (Managua-Nicaragua. Ministerio de Cultura, 1982, pp. 5-18) y Prem Kurpal, et. al., *Problemas de la cultura y los valores culturales en el mundo contemporáneo* (París-Francia, UNESCO, 1983).

En tal sentido, podemos decir que nos enfrentamos con dos tipos de cultura: *la cultura erudita*, oficial, pretendidamente universal, producto social de los grupos hegemónicos o dominantes y *la cultura popular*, producto social de los estratos subalternos, la cual manifiesta no sólo su carácter étnico y de clase, sino también el resultado de su interrelación con los grupos socialmente dominantes en los distintos procesos históricos de la sociedad nacional en que se desarrolla.

Pero, ¿qué entendemos por cultura popular? La cultura popular, definida como cultura de grupos subalternos, no representan valores uniformes, sino que jerarquiza en su interior diversos elementos surgido en virtud de los distintos procesos históricos.⁴

Esto quiere decir que no podemos identificar la cultura popular con el folklore, en la medida en que este último sólo es parte de la cultura popular, pero no la abarca toda. La cultura popular tradicional es, como apunta Antonio Gramsci, la parte más genuina de la cultura popular, la más auténtica, ya que expresa la concepción del mundo y de la vida de los grupos subalternos, que se contraponen implícita o explícitamente a los valores de los grupos hegemónicos.⁵ Gramsci nos hace ver, por otro lado, que la cultura tradicional no es un elemento puro y organizado, sino la suma de concepciones no elaboradas y asistemáticas que reflejan muchos elementos que han quedado rezagados de los distintos procesos históricos vividos por los grandes grupos sociales.

4 El problema de la delimitación de la cultura popular es vasto, y tema de actualidad en la antropología de América Latina. Mucho se ha escrito al respecto en los últimos años, tal es el caso de los trabajos de Néstor García Canclini, *Las culturas populares en el capitalismo* (México, Editorial Nueva Imagen, 1982, pp. 61-89); Mario Margullis, et al. *Cultura Popular* (México, Premiá Editorial, 1983); Guillermo Bonfil Batalla, "Lo propio y lo ajeno. Una aproximación al problema del control cultural", en *Cuadernos del CIESA*, 1983, pp. 183-191; Jean Casimir, *La cultura oprimida* (México, Editorial Nueva Imagen, 1981, pp. 140-153); Juan Martínez Borrero, "Artes y Artesanías", "La perspectiva de la cultura popular", *Artesanías de América*. (19): 3-12; David William Foster, "Algunos parámetros para el estudio de la cultura", *Plural* Segunda época, vol. XV-XII 1986. (108): 33-39. Recientemente Cfr. Los estudios de Luis F. Bate, *Cultura, clases y cuestión étnico-nacional* (México, Juan Pablos Editor, 1984) pp. 51-67; Celso A. Lara Figueroa, "Bases para una polémica: ¿Folklore, folclor o cultura popular tradicional?", 1986, *Folklore Americano* No. 41/42:31-34 y Ofelia C. Déleon Meléndez, "Criterios fundamentales para la comprensión y valoración de la cultura popular o culturales populares", (*Tradiciones de Guatemala* No. 27, 1987:9-18.)

5 Cfr. al respecto, L.M. Lombardi-Satriani, "Observaciones gramscianas sobre el folklore: Del 'pintoresco' a la contraposición", en *Antropología cultural* (Buenos Aires, Editorial Galerna, 1974, pp. 15-34). Recientemente la discusión se ha centrado en la existencia concreta de la cultura subalterna, en el sentido planteado por Gramsci. Al respecto Cfr. Agustín Cueva, "El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo", en *Cuadernos Políticos* (39) 53-54, y en particular, Néstor García Canclini, "Cultura y organización popular", en *Cuadernos Políticos* (39): 1984:75-80.

Dentro de la cultura popular hay, pues, diferentes niveles, que en forma sucinta y a grandes rasgos pueden ser los siguientes:⁶

Cultura Popular Tradicional. Es el legado tradicional oral y vigente, colectivizado, que ha ido transmitiéndose, en forma no institucionalizada, de generación en generación, y que representa la carga de valores más importantes, en la medida en que en ellos radica, en gran parte, la esencia de la identidad nacional y el germen de la cultura nacional popular.

Cultura Proletaria. Es el producto de los grupos populares vinculados a la producción industrial, producto que va surgiendo paso a paso, a veces con raigambre tradicional y otras creado al calor de las fábricas. Es cultural auténtica, pero no cultura tradicional, o folklórica; puede integrarse al cúmulo de lo tradicional en la medida en que vaya siendo aceptada por el grupo social en que vive. En otras palabras, en la medida en que se vaya colectivizando.

Cultura Campesina. Es el producto no tradicional de los hombres que viven en el campo, cada vez más sometidos a las presiones sociales que implica la inserción del modo de producción dominante —en nuestro caso, el capitalista y su consiguiente globalización— que va destruyendo patrones culturales o creando otros fuera de los valores de carácter popular. Dentro de la cultura campesina hay que tomar en cuenta la variable étnica y sus componente culturales, que en alguna medida son tradicionales, pero en otra no, de acuerdo con el proceso histórico que lo ha originado.

No obstante, en los países latinoamericanos se podría decir que la mayor parte de la cultura campesina está integrada al folklore, aunque un sector cada vez más amplio, en razón del desarrollo industrial, transforma sus concepciones tradicionales. Este sector depende de las distintas formas en que se articule el modo de producción dominante y de la articulación de los distintos grupos étnicos al interior de sí mismos y frente a la sociedad nacional.

En otros términos, gran parte de la cultura popular tradicional se nutre de lo campesino, pero no todo lo campesino puede ser folklórico. De ahí la importancia del estudio y la comprensión de los procesos históricos que surgen en su seno.

Cultura de Imposición. Cultura de Masa. Se le podría identificar como todos aquellos productos culturales que se encuentran dentro de las clases desposeídas que han sido impuestos por los medios de masivos de comunicación

6 Además de la adscripción de la cultura al nivel del desarrollo histórico social, en América Latina tiene y debe tomarse en cuenta para su delimitación el componente étnico. Al respecto, Cfr. Luis F. Bate, *Op cit.*, p. 60.

(la radio, la televisión, la prensa, la moda). Son productos culturalmente impuestos por los grupos hegemónicos. Son productos del momento, que, lanzados al interior de los grupos subalternos, minan su patrimonio cultural. Nils Castro ilustra perfectamente este hecho cuando nos habla de penetración y genocidio cultural.⁷

Otros rasgos de la cultura popular. Otros elementos identificables dentro de la cultura popular son los aprendidos por los grupos dominados que imitan los valores de los grupos hegemónicos; los valores que se transmiten por imposición o por la enseñanza institucionalizada escolar a las clases subalternas.

En resumen, no debemos asimilar el término y el concepto folklore al de cultura popular en general, sino al de cultura popular tradicional.⁸ Por otra parte, y con vistas a la utilización de ésta en los medios masivos de comunicación, hay que tomar en cuenta los diferentes niveles de la cultura popular, entre los que importa destacar por su trascendencia, la cultura tradicional, la cual debe subrayarse, sin mengua de los aportes procedentes de la cultura popular campesina, la proletaria y las de otros sectores sociales urbanos que, sin tener carácter tradicional ni folklórico, tienen la vigencia propia de las sociedades y cultura latinoamericana.⁹

Dentro del contexto anterior se enmarca la socialización del niño latinoamericano. Esta se da desde distintos ángulos, que convergen todos en la *endoculturación*: la adaptación del niño a su propio entorno cultural.¹⁰

América Latina es, primordialmente, mosaico de culturas, con procesos civilizatorios diferentes —como la ha señalado Darcy Ribeiro. Por lo tanto, la autoformación, la autovaloración y el autodesarrollo del niño latinoamericano en todas sus dimensiones, se logra a través de la tradición oral, que, con sus factores positivos y negativos conforma el contexto de su desarrollo.¹¹

7 Nils Castro, "Tareas de la cultura nacional", en *La Semana de Bellas Artes*, México, 27 de junio de 1979, p.8

8 Cfr., entre otros, Celso A. Lara Figueroa, *op. cit.*, p. 34.

9 Vid. David Prieto Castillo, *Apuntes sobre comunicación y educación* (Quito-Ecuador, CIESPAL, 1985), pp. 21-40 y Hernán Rodríguez Castelo, *Claves y secretos de la literatura infantil y juvenil* (Quito-Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología 1981, pp. 13-49).

10 Darcy Ribeiro, *Las fronteras indígenas de la civilización* (México, Siglo XXI Editores, 1973 pp. 81-99).

11 Darcy Ribeiro, *El proceso civilizatorio* (Caracas, Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1970, *ibidem*, p. 46).

Acotaciones al concepto de cultura popular y los problemas definitorios

En este contexto se entiende por cultura popular a todas aquellas manifestaciones que se desarrollan en el seno de un pueblo, y que poseen características propias por los procesos históricos y sociales que las determinan. La cultura popular, es, por tanto, el crisol donde se refugian los valores más auténticos que una nación ha creado a lo largo de su devenir histórico y nutridos diariamente por la realidad socio-económica que rige su vida colectiva. Comprendida dentro de su contexto histórico, la cultura popular es dinámica por excelencia; permite a los pueblos adaptarse a situaciones nuevas de vida y coadyuva a la transformación de su realidad circundante.

Como elemento social que es, la cultura popular se transforma de acuerdo con los cambios sustantivos de la nación a la que pertenece, pero como receptáculo de manifestaciones socioculturales ancestrales, permite conservar en su seno lo más valioso del patrimonio del pueblo, y, por ello, adaptarse con éxito a las transformaciones sociales.

Los cambios de la cultura popular no conllevan pues, la destrucción o extinción de sus rasgos básicos, sino al contrario, permite conservar y enriquecer los aspectos propios, auténticos y genuinos que los mismos pueblos desean que permanezcan en el proceso de su autodesarrollo. En tal sentido, la cultura popular tradicional se convierte en fuente inagotable de identidad cultural, como raíz de nacionalidad.

La cultura popular, sin embargo, no es una panacea, sino debe ser analizada críticamente, dentro de un marco histórico concreto y tomado en cuenta las transformaciones sociales. Entendida crítica y objetivamente, la cultura popular se convierte en la base donde se asienta la identidad cultural de los países latinoamericanos.

Finalmente, no debe olvidarse que la cultura popular se presenta como oposición a la cultura dominante, de los grupos sociales que detentan el poder económico de una sociedad concreta. De esta manera, es expresión amalgamada y asistemática —en el sentido de Gramsci— de los intereses y cultura de las clases subalternas.

El debate sobre cómo debe ser llamada la ciencia de las tradiciones populares todavía está vigente entre los estudiosos de estos temas, especialmente en Guatemala y Latinoamérica, donde recientemente se ha discutido en congresos, simposios y reuniones académicas.

¿Folclor o folklore? ¿Cuál de los términos es el más adecuado? Dos tipos de soluciones se han propuesto. En primer lugar se ha tratado de encontrar en el idioma de cada país un vocablo que sustituya al anglicismo **folklore**. Es decir, encontrar un término que sea aceptable y se adecue a su significación etimológica. Así ha surgido términos como demopsicología en Francia e Italia, laografía en Grecia, trademología, demología y demótica en España, etc.

Sin embargo, ninguna de ellas ha logrado tomar carta de naturaleza porque no logran precisar el concepto expresado con el anglicismo *folklore*: "lo que el pueblo sabe, lo que el pueblo dice y hace".

La otra opción sugerida pretende adaptar el vocablo inglés a la lengua del respectivo país; en nuestro caso, castellanizar dicho término. Algunos intentos existen en este sentido en América Latina. Brasil fue históricamente el primero en optar por una solución de esta naturaleza, al proponer G. Viana escribir *folclor* en vez de *folklore*, actitud acogida con beneplácito al ser favorecida por el hecho de la carencia en el idioma portugués de la letra k. Y así se usa actualmente.

Siguiendo este y otros ejemplos como el de Luis Sáinz Hoyos, que sugería el uso de la palabra folclor, otros países latinoamericanos han tratado de castellanizar el vocablo. Colombia desde la década de los años cuarenta ha adaptado la palabra folclor y en Argentina el estudioso Alfredo Poviña propone como nombre definitivo para el estudio científico de las tradiciones populares, el vocablo folclor.

Hay razones de fondo que no permiten introducir estas modificaciones. Primeramente hay que considerar el proceso histórico que dio origen al anglicismo que nos preocupa.

El arqueólogo John William Thoms propuso en 1846 en Inglaterra la palabra folklore, compuesta por dos vocablos anglosajones, a saber: **folk**, que significa pueblo (clases llanas), y **lore**, saber del pueblo.

Su sentido etimológico sería, pues, "saber del pueblo", lo que el pueblo o clases llanas, populares, saben y ejecutan por tradición.

Al introducir modificaciones en una o más letras de dicho vocablo (folclor, folclor, folklor, por ejemplo), se altera la esencia del significado de la palabra. Pierde toda su cognotación semántica. Modificada la palabra no tiene significado alguno: ¿qué significación tendría folc-lor?

Estimamos que toda palabra que denomina un que hacer científico debe tener una razón histórica de ser.

Por otra parte, el término *folklore*, tal y como se debe a su creador, ha sido plenamente aceptado en la lengua castellana. El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua la incluyó en su edición número veinticinco, asimismo el término como sinónimo de tradiciones populares ha sido plenamente aceptado en el de las ciencias sociales. Por tanto, el uso de la palabra *folklore* tiene un sentido y una razón de ser. Creemos innecesario el cambio de letras en este término científico, así como consideramos estériles las discusiones que se hagan en este sentido, sugiriendo utilizarlo como lo que quiere decir: "saber popular del pueblo", evitando los falsos nacionalismos la querer adaptarlo al castellano, deformando así su raíz semántica e histórica.

Recientemente los especialistas en tradiciones populares de América Latina preocupados por el contenido, más que por la semántica de la palabra, han arribado a conclusiones preliminares. El grupo técnico de especialistas convocados por la Organización de Estados Americanos en Cuenca, Ecuador, y del que formó parte el autor, propone sustituir el término *folklore* por la categoría cultural popular tradicional, concepto que se ha generalizado en el contexto latinoamericano, y a la que ya nos referimos.

De esta manera se entiende por cultura popular tradicional a todas aquellas manifestaciones que se desarrollan en el seno de un pueblo, y que poseen características propias surgidas por los procesos históricos y sociales que las determinan. La cultura popular tradicional es, por tanto, el crisol donde se refugian los valores más auténticos que una nación ha creado a lo largo de su devenir histórico los cuales son nutridos diariamente por la realidad socio-económicas que rige su vida colectiva. Comprendida dentro de su contexto histórico, la cultura popular tradicional es dinámica por excelencia; permite a los pueblos adaptarse a situaciones nuevas de vida y coadyuva a la transformación de su realidad circundante. Como elemento social que es, la cultura popular tradicional se transforma de acuerdo con los cambios sustantivos de la nación a la que pertenece, pero como receptáculo de manifestaciones socio-culturales ancestrales permite conservar en su seno lo más valioso del patrimonio del pueblo y, por ello, adaptarse con éxito a las transformaciones sociales. Los cambios de la cultura popular tradicional no conllevan, permiten conservar y enriquecer los aspectos propios, auténticos y genuinos que los mismos pueblos desean que permanezca en el proceso de su autodesarrollo. En tal sentido, la cultura popular tradicional se convierte en fuente inagotable de identidad cultural, como raíz de nacionalidad. Su aplicación a los distintos sectores de la sociedad exige, por tanto, que sea la base donde se asiente la identidad cultural de los países de América Latina.

Cultura popular e investigación cultural

Uno de los rasgos más importantes en relación con la investigación, promoción y difusión de la cultura, estriba en conocer y manejar su carácter histórico, el que en los últimos tiempos se ha intentado desvirtuar, transformar y reducir mecánicamente a la expresión última de sí misma: su expresión concreta pero abstracta, en el sentido de aislarla de todo su contexto histórico y social.

De esta manera se habla de un arte popular, de una artesanía tradicional, a las cuales hay que modificar para adaptarlas a las nuevas corrientes de gusto y modas del capitalismo y la globalización, sin tomar en cuenta el sentido cosmogónico profundo que para cada uno de los pueblos representa estas manifestaciones de la creación colectiva.

Como ya se ha señalado en repetidas ocasiones, la cultura tiene un carácter esencialmente histórico que la determina; son las condiciones económico-sociales las que constituyen su base por lo que no puede ser comprendida en abstracto.¹² De aquí el acertado criterio de Nils Castro al indicar que no puede hablarse del arte, ni del hombre y la cultura en abstracto; simplemente no existen al estar fuera de la historia.

La cultura sólo se concreta en la medida que se manifiesta como práctica colectiva de un grupo social históricamente determinado. En tal sentido, la cultura es la suma de hechos y valores que la sociedad jerarquiza, selecciona y transmite como herencia colectiva a otra generación que le imprime su propia importancia histórica y social.

Entonces, si la cultura es concreta y se encuentra histórica y socialmente determinada, existe como expresión de las fuerzas sociales que componen la sociedad, es la expresión de una sociedad dividida en clases, por lo que puede hablarse con justa razón, de una cultura dominante o hegemónica y una cultura subalterna o periférica. La interacción de ambas culturas, con su propia dinámica, conforma el patrimonio cultural de un pueblo.¹³ Este patrimonio se percibe a través de la obra de sus artistas, de sus intelectuales, pero también, por medio de las

12 Cfr., entre otros, Nils Castro, "Cultura nacional y cultura socialista", en *Cultura y liberación nacional* (Colección Cultural, Serie Pensamiento Nacional, Panamá, Ediciones Instituto Nacional de Cultura Impresora de la Nación, 1977, p. 12 y *passim*).

13 Vid L.M. Lombardi Satriani, *Apropiación y destrucción de la Cultura de las clases subalternas*, México, Editorial Nueva Imagen, 1979, pp. 39-51 y Guillermo Bonfil Batalla, "De Culturas populares y política cultural", en *Culturas populares y políticas culturales*, (México, Museo de Culturas Populares, 1982, pp. 15-20).

creaciones anónimas, materiales o no, surgidas del alma popular —en el sentido de Gramsci y no de Heine—, y a través de un conjunto de valores propios y auténticos que dan un sentido a la vida colectiva de una sociedad. En tal forma puede afirmarse que la identidad cultural de un pueblo es el ámbito en el que la cultura se vive con subjetividad, en el que la colectividad se precisa como sujeto. De ahí que la identidad cultural sea el genio creador de una sociedad, el principio dinámico en virtud del cual ésta, apoyándose en su pasado, nutriéndose de sus propias vicisitudes y acogiendo selectivamente los eventuales aportes externos, prosigue el proceso incesante de su propia creación.

Es así que frente a las presiones del exterior que sufre la colectividad, la identidad cultural, y en particular su cultura popular tradicional, termine siendo su principal incentivo para seguir siendo fiel consigo misma.¹⁴

Se desea citar aquí a Amadou-Mahtar M'Bow, ex-director General de la UNESCO, quien afirmaba que las sociedades actuales están sometidas a presiones socioeconómicas y culturales externas que hacen tambalear la identidad de los pueblos latinoamericanos. Opina el señor M'Bow, que es en la ciencia y la tecnología impuestas a nuestras sociedades en donde debe buscarse un equilibrio, pero conjugando con los elementos fundamentales de la cultura de los propios pueblos.¹⁵

Esta interrelación entre lo propio y los aportes de la ciencia y la tecnología ameritan la necesidad de crear, a nivel cultural, una especie de simbiosis que puede ser creadora o destructiva si el poder que da la ciencia y la tecnología se utiliza con fines de dominación, para subyugar al hombre, para deculturar a sus pueblos. Y será creadora si este poder de la ciencia, la tecnología y la cultura libera al hombre de sus servidumbres materiales, que siguen limitando su capacidad para expresarse plenamente, y si permite de hecho la expresión genuina de todos los valores morales, intelectuales y estéticos esenciales para el equilibrio del hombre y la cohesión de las sociedades.¹⁶

14 Cfr. Rodolfo Stavenhagen, "La cultura popular y la creación intelectual", en *La Cultura Popular*. México, Premiá Editorial, 1982, p. 21.

15 Amadou-Mahtar M'Bow, "Discursos del Director General de la UNESCO", en *Conferencia Mundial sobre Políticas culturales* (México, 26 de julio - 6 de agosto de 1982. Boletín de Información, número. 31, 1982, pp. 7-11).

16 Cfr. Prem Kirpal, "Valores culturales, diálogo de las culturas y cooperación internacional" en *Problemas de la cultura y los valores culturales en el mundo contemporáneo*, (París, UNESCO, 1983, pp. 54-55).

No se pretende pontificar sobre la cultura, pero sí apuntar que dentro de un marco teórico global, el problema que preocupa, la cultura popular tradicional en todas sus manifestaciones, quedará a nivel de disquisiciones académicas, a nivel de discusión, a nivel de llanto y suspiros, pero no de aprehensión científica, si no se acciona conjuntamente con el portador de esta cultura específica y los medios tecnológicos. No existe ya el investigador único que cual Prometeo redime la cultura de los pueblos. Es la investigación participativa, la del binomio *investigador-cultor de la cultura* —valga el pleonasma—, la que permite encontrar las auténticas raíces de nuestro pueblo. De ahí que sólo la ciencia sea la que nos capacite para estructurar, comprender, entender y coadyuvar en la transformación de las leyes que rigen los procesos culturales. Como la cultura, el auténtico forjador de las tradiciones populares (el músico, el contador de historias, el artesano, el brujo, entre otros) no está aislado de su contexto social y nacional, ni es abstracto; es absolutamente concreto.

Cualquier acción que desee realizarse en su beneficio debe estar basada en una política cultural que contemple como aspecto prioritario la investigación participativa de la realidad socioeconómica que rige el sector de la cultura tradicional.

La investigación de la cultura se vuelve entonces prioritaria. Ya un gran estadista dijo alguna vez, no sin razón, que quien no ha investigado no tiene derecho a la palabra. Ello quiere decir que la investigación es el paso previo para todo programa que quiera desarrollarse en el sector de la cultura popular tradicional, y más aún, es la base de toda política cultural estructurada no en los escritorios de los burócratas, sino en el campo conjuntamente con los portadores de esa cultura. Para ello es necesario que el investigador en el campo de la cultura de despoje de su toga académica, y la investigación se convierta de un mero ejercicio académico en una herramienta para encontrar soluciones.

Bajo este marco conceptual, la investigación participativa es el paso fundamental. Aquí investigador e investigado forman un solo proceso, y ambos llegan a encontrar las claves, los nódulos que rigen el mundo de la cultura popular tradicional. Sólo la investigación puede demostrar que el portador de cultura tradicional **sí es creador** y no únicamente repetidor de moldes establecidos por la tradición; y además, que sólo **él** puede transformar sus propios patrones, porque responden a una estética a-lógica, no occidental.¹⁷

17 Vid. Antonio Gramsci, "Observaciones sobre folklore", (en *Literatura y Vida Nacional*, México, Juan Pablos Editor, 1976, p. 239).

En el terreno de la cultura popular tradicional el investigador se convierte en un receptor más, íntimamente ligado a la difusión y aplicación de esta investigación participativa. La situación y aplicación de estos resultados debe hacerse en varios niveles. En la actualidad la investigación pura no tiene mayor validez.

Los niveles de difusión están, pues, marcados también por los estratos sociales de la colectividad:

En el nivel de los propios portadores de la cultura popular tradicional (artesanos, contadores de cuentos, músicos, etc.) para que ellos mismos revaloricen sus propios elementos culturales. **Entiendan** —en el sentido de Gramsci— la importancia que su obra, su trabajo, juega en la formación de la autoconciencia nacional, y tome perspectiva de su papel como protagonistas de la cultura de una nación.

En el nivel de los otros grupos sociales —en particular las capas medias— para que **sientan y entiendan** —también en el sentido de Gramsci—, que en la cultura popular están los cimientos de la identidad de nuestros pueblos latinoamericanos, y que si no se apoyan en ella, y si no profundizan en su propia raíz, su historia aparece deculturada y en el limbo de los pueblos repetidores de historias y no de los forjadores de la propia.¹⁸

En el nivel de organismos nacionales de cultura y educación para que sepan que en la base de la cultura popular tradicional se desarrolla el proceso creador de un país. Para que los burócratas se compenetren de sus raíces mismas y planteen políticas culturales y educativas concretas, acordes a la necesidades imperantes en cada país, en los campos y ciudades, y deje de planificarse la cultura y la educación con modelos preconcebidos en otras latitudes.

En el nivel de los organismos internacionales para que entiendan —a fuerza de repetirlo— que las manifestaciones de la cultura popular latinoamericana no constituyen laboratorios de experimentación, sino que nuestros pueblos, multiétnicos y multinacionales, forman un mosaico de hombres que tienen sus propios patrones culturales, tan válidos como los del mundo occidental.

Las nuevas alternativas de la investigación en el campo de la cultura popular tradicional están proyectadas, entonces, hacia dos grandes líneas de acción de política cultural:

18 L.M. Lombardi Satriani, *op. cit.*, p. 51.

El propio portador de la cultura tradicional y las organizaciones surgidas en el seno de su historia.

A la política educativa, a los planes y programas de educación formal y no formal. En estos momentos del desarrollo de la ciencia, la interacción entre cultura popular, identidad cultural y educación es decisivo.

Es decir, que sin esperar una hecatombe en el sistema educativo, es imprescindible incorporar la cultura popular tradicional a la educación de nuestros países. Es ahora la prioridad número uno.

Esta aplicación no debe ser aislada, sino como parte de su cultura popular, base de su cultura nacional.

Si bien hay muchas alternativas en el campo de la cultura popular, es cierto que la investigación participativa, autogestionaria, es la base de la formación de políticas culturales coherentes, que en América Latina están todavía por elaborarse y ponerse en marcha.

